

co. Tras horas de diálogo, ya se olvida quién tuvo determinada idea. No hay atribuciones exclusivas. Lo principal es consolidar en la práctica un marco creativo muy enriquecedor, en el que todos intervenimos.

Antes de acometer el trabajo de filmación, solemos reunirnos una vez más para leer el guión y analizar cada escena. Desmenuzamos todo el libreto con espíritu crítico, actuando como si fuéramos enemigos de la película, deseosos de anotar todos sus fallos. En términos narrativos, este repaso nos permite descubrir la espina dorsal de la historia. Dicho de otro modo: justificamos la función de cada escena dentro del conjunto y en sí misma. Durante este análisis, desaparecen muchas líneas de las que el guionista se enamoró al escribirlas, pero que no son útiles en la progresión del relato. Como se ve, la tarea es minuciosa y nos involucra con brío.

Otro perfil es el puramente personal, pues cada detalle, cada apunte de ambas películas refleja una determinada dimensión íntima. En términos reales, mi cercanía al protagonista de *El hijo de la novia* es más participante: a él le suceden cosas que a mí me han ocurrido, e incluso compartimos rasgos de familia. En parte al menos, también puedo esclarecer cierta identificación con el personaje que interpreta Darín en *El mismo amor, la misma lluvia*. Descubro en él miedos con los que yo mismo he procurado luchar. A través de su mirada, compruebo que siempre tratamos de negociar entre la independencia y una fuerte corriente externa que nos impone métodos y obligaciones.

Interioridades al margen, ambas películas han supuesto, por distintas razones, una fuente de satisfacción. Aunque postergado, el estreno en España de *El mismo amor* sirve para dotar al filme de una vida independiente, lo cual me permite hablar ahora sobre una cinta que ya tuvo su lanzamiento y con la que me vuelvo a encontrar en otro punto de su itinerario. En lo que toca a *El hijo de la novia*, el agrado se mezcla con la sorpresa. Además, el hecho de no vivir acá me ha impedido hacerme una idea cabal de su éxito. Tan favorable es la acogida que, aun habiéndose editado ya en vídeo y DVD, sigue en los cines cuando ya han transcurrido treinta semanas desde su estreno. Todavía permanece entre las veinte producciones más taquilleras del momento; y sin embargo, soy reticente a interpretarla como un fenómeno social. Prefiero no fijarme en su resonancia para no perder esa perspectiva que me permite verla como una obra más. En realidad, llega un momento en la vida de las películas en que éstas rebasan las expectativas: tocan una fibra de la sociedad y, gozosamente, el público se identifica con ellas. Para mi

bienestar, espero que ni los productores ni los distribuidores demanden que mis próximos largometrajes obtengan una fama similar.



Paula Hernández: *Herencia* (2001)



Paula Hernández: *Herencia* (2001)